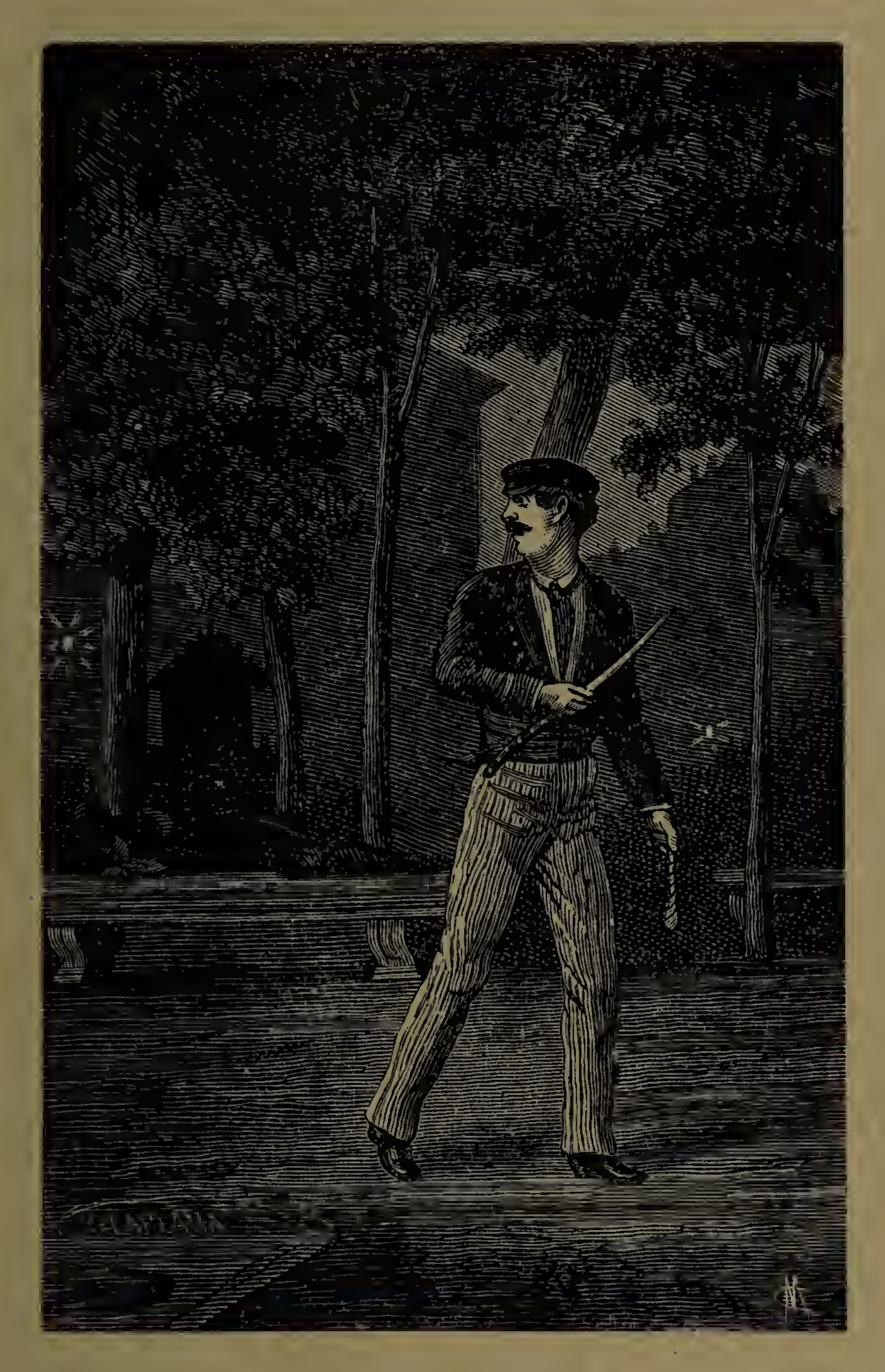
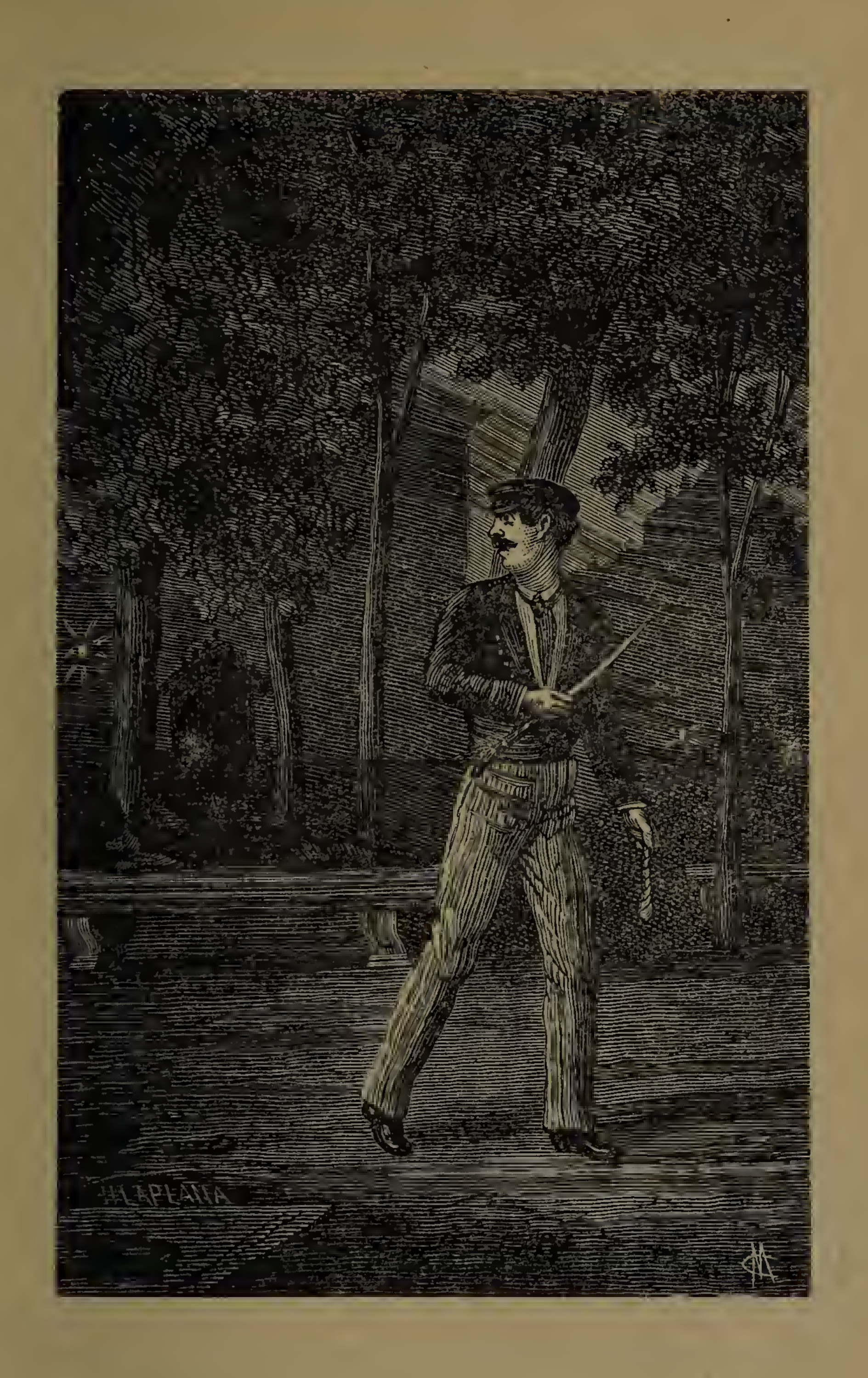
TEATRO DE SALÓN

Repertorio dramático para niños y jóvenes.



JUZGAR POR LAS APARIENCIAS

POR D. SANTIAGO OLMEDO



Juzgar por las apariencias.

(Escena II.)

Juzgar por las apariencias

COMEDIA INFANTIL, EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. SANTIAGO OLMEDO Y ESTRADA

NUEVA EDICIÓN

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1910

Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

PERSONAJES

LORENZO, joven de 16 á 18 años.
MANILARGO.
INSPECTOR.
CABALLERO.
UN GUARDIA.

La acción en Madrid.—Época actual.

Siempre que se hable de derecha é izquierda, debe entenderse que nos referimos á la derecha ó izquierda del espectador.

ACTO ÚNICO

Salón del Prado.—En segundo término derecha un banco de piedra.—Árboles al fondo y á uno y otro lado.—Es de noche.

Al alzarse el telón, Lorenzo duerme echado en el banco; el traje de aquél, muy deteriorado, revelará ser el de una persona bien educada.

ESCENA PRIMERA

LORENZO y el CABALLERO desde dentro.

CABALLERO. (Dentro.)
¡Favor..., socorro..., ladrones...!
¡A ése..., á ése..., que se escapa!

LORENZO. (Despertando é incorporándose.)
Voces se oyeron aquí
como de auxilio ó de alarma...
Tal vez un robo.

CABALLERO. (Dentro.) ¡Socorro!

LORENZO. (Poniéndose de pie.)
Ó quizás un crimen.

CABALLERO. (Dentro.) ¡Guardias

LORENZO. La voz se aleja; yo iría
á proteger al que llama,

pero pudiera costarme
mi oficiosidad bien cara.
Si es robo, nadie creería
que el que carece de cama
le pueda prestar auxilio
al que le roban la capa;
quizás llegara á ocurrir
que como autor me tomara
la Policía... Me quedo
así, tumbado á la larga.
Ya nada oigo; confieso
que mi conciencia se alarma,
y me arguye... Yo debía...,
pero tal vez no sea nada.
¡Aaah!, ya mis ojos se cierran...
Pues señor, hasta mañana.
(Vuelve á echarse en el banco.)
Nada se siente..., silencio
en todo el Prado... ¡Caramba!,
hace fresco... Buen servicio
me prestaría... una... manta.
(Estos últimos versos los irá diciendo con voz soñolienta, y al pronunciar la última palabra fingirá que se queda dormido.)

ESCENA II

DICHO, MANILARGO, voces de los GUARDIAS y del CABALLERO

MANILARGO. (Sale por el lado derecho de puntillas y mirando á todas partes con recelo. En la mano derecha lleva una larga navaja abierta, y en la otra un reloj, cuya cadena debe verse colgando.)

¿Que no soy yo listo? ¡Bueno!
¡Y que yo no me doy maña
para apañar á un señor
y burlarme de los guardias!
Lo que me sobran son manos,
y lo que á mí me hace falta
son relojes que tomar,
alfileres de corbata
y pañuelos de batista,
portamonedas con plata;
y donde esté Manilargo
que se quiten *toos* los ratas,
que el más valiente soy yo,
y el más listo *menda.* ¡Vaya!
Que se lean los papeles
que venden por ahí los *granas*
á perro chico, y pregunten
en el Juzgado de guardia
y á toda la policía
de la capital de España;
si yo soy más *conocío*

que el *Bismal* de la Alemania.
Y esta noche he dado un golpe...
¡buen reloj, hermosa máquina!,
tapas de oro... *¡chipén!*
y la cadena no es falsa;
además quinientos *riales*
en monedas de oro y plata.

CABALLERO. (Dentro.)
Debió marchar por allí.

MANILARGO. ¡Caracolitos, que aun anda
buscándome! Escaparemos.

(Va á marcharse por la izquierda, y se vuelve al oir por este lado la voz de un guardia, que dice):

GUARDIA. (Dentro.)
Te digo que no se escapa.

MANILARGO. A que me cogen... Prudencia;
esconderé la navaja...

(Se dirige al banco donde duerme Lorenzo, y reparando en él, exclama):

Aquí..., ¡y cómo duerme el *banquero!*

(Se baja, y al hacerlo se le cae el dinero que llevará en el bolsillo de la chaqueta.)

¡Por vida mi suerte aciaga!
Se me ha caído el dinero
que en la chaqueta llevaba.

GUARDIA. (Dentro.)
¡Registra bien!

MANILARGO. Soy perdido
si me detengo. Ea, en marcha.

(Márchase corriendo por el foro, derecha.)

CABALLERO. (Dentro.)
¡Á ése, á ése! ¡Guardias, guardias!
(Suena un tiro.)

ESCENA III

LORENZO

(Despertando al ruido del tiro.)

Pues señor, sigue el jaleo;
tendré que mudar de casa
é irme á la plaza de Oriente
ó plaza de las Descalzas,
que la vecindad de aquí
está siempre alborotada.
Pero ¿estaría soñando?;
porque no se siente nada
y me ha despertado un tiro
y voces de «¡Guardias, guardias!»
Pues no lo sé. Ya amanece;
el día su luz derrama,
y con ella alegres vuelven
á nacer mis esperanzas.
Ya se distinguen los árboles;
ya los colores de grana
que anuncian al sol naciente
el azul del cielo manchan.
¡Cuándo, aunque me cause pena
no ver al sol cuando salga,

podré tener, como otros,
familia, hogar y una cama!
(Se incorpora sobre el banco, y al poner los pies en el suelo tropieza con el dinero, al que hace sonar.)
¿Qué es esto? ¿Dinero aquí?
¿Duermo aún? La cosa es rara.
¿Será ilusión de mi vista?
(Mirando al suelo y cogiendo las monedas, que examina con visible inquietud.)
No, que mis manos lo palpan,
mis oídos lo perciben (Sonándolo.)
y mis ojos no se engañan.
¡Cuánto! ¡Casi una fortuna,
en la que yo no soñaba!
(Reparando en la navaja, que recoge y deja sobre el banco.)
Y junto á ella, señales
de un crimen; una navaja,
arma homicida que busca
en la muerte la venganza.
¡Necio escrúpulo! ¿Quién piensa
en semejantes bobadas
cuando es feliz? Contaré.
¿Serán las monedas falsas?
No lo creo; en estos duros
puede uno verse la cara,
y estas dos monedas de oro
nuevas son. Lorenzo, calma
(Pausa.) que parece que el dinero
en ti la fiebre desata.

(Contando con marcada ansiedad.)

Cinco..., diez..., doce..., catorce...,
quince..., veinte...; basta, basta...
Siento en mi cabeza algo
que á la locura me arrastra.
Soy dichoso; la miseria
de mi alegría se espanta,
y ya el mendrugo de pan
que ayer yo pordioseaba,
negro y duro me parece
y me causa repugnancia...
Soy feliz; ya no hay tristezas
en el fondo de mi alma,
ni ya me preocupa el cómo
hallar de comer mañana.
Pero vengamos á cuentas,
que yo no las veo claras.
Este dinero no es mío;
¿por qué junto á mí se halla?
Alguien lo perdió; podría,
sin que nadie reclamara,
quedarme con él; ¿no es esto?
¡Claro está! ¡Lucha insensata!
Si lo hallé, el dinero es mío,
de la pobreza me saca;
y la pobreza es horrible...
y el hambre, ¡oh, el hambre espanta!...

(Luchando consigo mismo.)

Pero nada de esto es tuyo,
Lorenzo, nada; repara

que ha podido ser robado,
ó perdido... ¡Virtud, calla!...
Si soy honrado no como,
y comer no es una falta...
Pero... no hay que vacilar...,
mi conciencia lo rechaza;
no me pertenece; iba
á cometer una infamia.
Si hoy no como, ayunaré. (Con resolución.)
Un día pronto se pasa;
paciencia, Lorenzo, y busca
dónde trabajar mañana,
que si tu pobreza es grande,
á tu honradez no aventaja.
El ser ladrón es un crimen;
el ser pobre, una desgracia;
que el mundo no me rechace,
aunque tenga de mí lástima.
Recogeré este dinero,
y en la Inspección inmediata
lo entregaré, y allí harán
que vuelva á su dueño..., y basta.

(Recoge el dinero y la navaja, y al ir á marcharse es detenido por el Inspector que sale.)

ESCENA IV

DICHO, INSPECTOR

INSPECTOR. (Deteniendo por un brazo á Lorenzo.)
¡Eh! ¿Dónde vas, granujilla?
LORENZO. Ese nombre no merezco.
INSPECTOR. Responde á lo que pregunto.
LORENZO. A devolver un dinero.
INSPECTOR. ¿De quién es?
LORENZO. Si lo supiera,
ya lo tendría su dueño.
Sobre ese banco de piedra
estaba, señor, durmiendo,
cuando desperté á las voces
de «¡Favor! ¡Guardias!»
INSPECTOR. Veremos.
¿Y esa navaja?
LORENZO. Soy honrado.
INSPECTOR. (Con tono áspero.)
Es lo que te falta, serlo.
Tú eres el ladrón que ha poco
ha robado á un caballero.
LORENZO. ¡Yo ladrón!
INSPECTOR. Y voy á atarte.
(Sacando una cuerda.)
LORENZO. ¡Robar yo!... Vamos, yo creo,
ó que le entendido mal,
ó que no ha dicho usted eso.

INSPECTOR. ¿Y estas pruebas, di?
LORENZO. Señor,
no conoce usted á Lorenzo.
No tengo á nadie en el mundo,
nada soy, nada poseo;
pero me sobra honradez
y le digo que no miento.
INSPECTOR. Lo que te sobra es descaro
y cinismo, ladronzuelo.
¡Menos palique! (Empieza á atarle.)
LORENZO. Es injusto
lo que conmigo está haciendo.
INSPECTOR. Á la prevención, granuja;
luego á la Cárcel Modelo.
LORENZO. (Protestando.)
Nunca he robado.
INSPECTOR. (Empujándole.) ¡Adelante!
LORENZO. Yo no soy capaz...
INSPECTOR. ¡Silencio!

ESCENA V

DICHOS, CABALLERO

CABALLERO. (Sale en el instante que el Inspector intenta llevarse á Lorenzo empleando la fuerza.)
Señor Inspector, mil gracias.
CABALLERO. Le estoy muy agradecido.
INSPECTOR. ¿Conocería al sujeto
que le ha robado esta noche?

CABALLERO. Aun parece que le veo:
alto, pantalón muy claro,
chaqueta de paño negro,
la voz muy bronca, bigote,
gorrilla de terciopelo...

INSPECTOR. ¿Conoce usted á este chico?

CABALLERO. Que nunca le vi confieso.

LORENZO. ¿Se convence usted ahora?

INSPECTOR. Yo de nada me convenzo.

CABALLERO. Pero este chico, ¿qué hizo? (Al Inspector.)

INSPECTOR. Hallé en su poder dinero
y una navaja...

LORENZO. Que iba
á entregárselo á su dueño.
Junto á este banco hallé todo...
¡Créame usted, caballero!

CABALLERO. (Al Inspector.)
No sé por qué me parece
que este joven no es ratero.

ESCENA VI

DICHOS y un GUARDIA

GUARDIA. Ya está presu el delincuente.

INSPECTOR. ¡Hombre!, me parece extraño.

GUARDIA. Mi compañeru en servicio
es el que al mozu ha trincadu;
por ciertu que resistióse.

INSPECTOR. Y ¿quién es?

GUARDIA. El Manilargu.

INSPECTOR. ¿Y él ha sido?

GUARDIA. ¡Ya lo creu!;
no hay duda, cantó de plano.
Dijo que hace unas dos horas
que al señor seguía los pasos;
y al entrar aquí, le diju:
«Venga el dinero ó lo raju.»
Añadió que las monedas
y la navaja, tamañu...
(Señalando con el sable.)
tirólo al verse perdidu,
así, debajo de un banco.
(Haciendo como que arroja algo debajo del que se ve en escena.)

LORENZO. ¡Gracias, Dios mío!

INSPECTOR. Ahora
todo está justificado. (Desata á Lorenzo.)

CABALLERO. Pero pensó usted que era
el ladrón... ¡Pobre muchacho!
¿Qué eres tú?
Casi un mendigo
que busco un empleo en vano.

CABALLERO. ¿Y qué hacías á estas horas
en sitio tan solitario?

LORENZO. Huérfano soy, y de Burgos
tres meses ha que he llegado
con la esperanza, señor,
de hallar en Madrid trabajo.

Desde que estoy en la corte
no conozco otro palacio
que éste, donde paso el día
y hallo en la noche descanso.
Sobre ese poyo dormía
hace una hora; un disparo
me despertó; luego el día
fué poco á poco aclarando,
y con su luz vi el dinero
por el suelo esparramado.
Y como mío no era,
ni conocía á su amo,
del suelo lo recogí
con la intención de entregarlo.

CABALLERO. ¡Noble proceder!

INSPECTOR. ¡Muy noble!

LORENZO. Señor, es que soy honrado,
y quien de veras lo es,
no gasta dinero extraño.

INSPECTOR. Perdóname; mi deber...

LORENZO. Lo comprendo.

CABALLERO. Oye, muchacho,
¿qué sabes hacer?

LORENZO. Bien poco:
escribir, de francés algo,
cuentas...

CABALLERO. Bueno; si tú quieres
trabajar en mi despacho,
vente conmigo.

LORENZO. Mil gracias;

acepto con entusiasmo,
que es Dios quien á usted envía
para alivio de mis daños.

INSPECTOR. Para premiar tu virtud.

GUARDIA. Este señor es muy guapo.

INSPECTOR. (A Lorenzo.)
No hay mal que por bien no venga.

LORENZO. No hay mal que dure cien años.

CABALLERO. No; que la bondad divina,
si bien alcanza á los malos
limitada, es infinita
para el hombre que es honrado.

FIN



TEATRO DE

REPERTORIO DRAMÁTICO PARA NIÑOS Y JÓVENES

Obras publicadas.

MONÓLOGOS PARA NIÑOS

El primer actor, por D. Pedro J. Solas.
El valiente, por ídem.

MONÓLOGOS PARA NIÑAS

Carta para mamá, por D. Pedro J Solas.
La muñeca, por íd.

DIÁLOGOS PARA NIÑOS

Cascarrabias, por D. Pedro J. Solas
Los dos premios, por ídem.

DIÁLOGOS PARA NIÑAS

Por curiosa, por D. Pedro J. Solas
La despedida, por ídem.

DIÁLOGOS PARA NIÑOS Y NIÑAS

El secreto del Pilar, por D. Pedro J. Solas.
Los villancicos, por íd.

COMEDIAS PARA NIÑOS

La comedia de Alarcón, por don Enrique Segovia y Rocaberti.
La escalera, por D. Eduardo Guillén
Quedarse zapatero, por ídem.
Así sea, por D. Lope Damián Ruiz.
Juzgar por las apariencias, por D. Santiago Olmedo.
El dómine de Móstoles, por don Rafael Meana.
El castillo de Fuensaldaña y la bodega del tío Juan, por don Lope Damián Ruiz.

COMEDIAS PARA NIÑAS

La conciencia, por D. José del Castillo y Soriano.
El egoísmo, por D. Enrique Segovia y Rocaberti.
Dios premia la caridad, por doña Josefa Alvarez Pereira.
Delicias del campo, por D. Lope Damián Ruiz.

COMEDIAS PARA NIÑOS Y NIÑAS

El secreto del tío, por D. M. Ossorio y Bernard
El ahorro, por D. José del Castillo y Soriano.
Contra soberbia, humildad, por ídem.
Contra avaricia, largueza, por D. Pedro Groizard.
Contra envidia, caridad, por don Fermín M. Suárez Sacristán.
La cuna del Niño Dios, por don Ramón Torres Muñoz de Luna.
Revista de pobres, por D. José Hernández y González
El arte de ser feliz, por ídem.
Yo pequé, por D. Manuel Sala Julién.
La galantería, por D. Enrique Segovia y Rocaberti.
Avisos del Cielo, por D. Eduardo Guillén.
Precocidades, por D. Ramón Siguer.
La primera hazaña, por D. Lucio Viñas y Deza.
El calavera, por D. Santiago Olmedo.
¡Perdón y arrepentimiento!, por ídem.
Quien siembra recoge, por D. Angel Lasso de la Vega.
Tras el pecado la pena, por don Gonzalo Sánchez de Neira.
El bautizo del bebé, por D. Manuel L. Esteso
Los pastorcillos en Belén, por la Vizcondesa Bestard de la Torre.
La jira, por D. Eladio Reyes.
El pobre rico, por D. Juan Redondo
El arenero, por ídem.

Precio de cada comedia: 50 céntimos de peseta.

Los pedidos á la librería de los Sucesores de Hernando, Arenal, 11, Madrid.